

Una visión de la personalidad colectiva argentina en la trama de un discurso romántico. José Luis Romero.

Bonet, María Teresita.

Cita:

Bonet, María Teresita. (2004). *Una visión de la personalidad colectiva argentina en la trama de un discurso romántico. José Luis Romero. VI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-045/274>

Una visión de la personalidad colectiva argentina en la trama de un discurso romántico. José Luis Romero.

Autor: Bonet, María Teresita. Profesora en Historia. Doctora en Ciencias Políticas y Sociología. UCM. Profesora en Facultad de Ciencias Sociales. UBA.

Este trabajo analiza la construcción narrativa de los discursos históricos sobre el peronismo entre 1955 y 1966. Ricoeur y White lo sostienen metodológicamente para mostrar la trama romántica de la personalidad colectiva argentina en el relato de José Luis Romero.

Para analizar las obras históricas de la Argentina de siglo XX que tienen como objeto al peronismo en esos años, he utilizado una teoría específica que me ha permitido introducirme en ellas considerándolas como discursos narrativos. La teoría de la imaginación histórica de Hayden White ha orientado mi propósito de aproximarme a la comprensión de la estructura narrativa de los relatos de los historiadores argentinos, donde se halla contenida su "imaginación histórica", así como a captar el revelador sentido con el que pensaron la historia del país.

Considero que la dimensión narrativa del relato histórico contribuye seriamente a la reconstrucción del conocimiento del pasado, porque hace posible acercar la distancia que las diferentes experiencias temporales graban en la conciencia histórica o "espíritu común de época".

En razón de ello es que he trabajado sobre la teoría de dos grandes pensadores que subrayan la importancia de la narración en el proceso de construcción del conocimiento de la historia a través del tiempo: Paul Ricoeur y Hayden White. Así, la teoría sobre la relación indisociable entre tiempo y narración de Paul Ricoeur me ayuda a comprender

por qué un relato único, lineal, y argumentalmente coherente, que representa al peronismo como un fascismo clásico, se ramifica entre 1955 y 1966, dando origen a una multiplicidad de relatos que así manifiestan un avance en el orden del sentido del tiempo vivido y también, el momento de mayor madurez interpretativa acerca de un fenómeno complejo.

Por otra parte, concebida a su modo, la conciencia de los pensadores del siglo XIX que White descubre en sus críticas al escepticismo de los de la Ilustración, me ha llevado también a mí a descubrirla en los cuestionamientos que, respecto del modo dominante de interpretación sobre peronismo, introducen los grandes historiadores de la Argentina a partir de 1955.

Algunas ideas acerca de la imaginación en la narración histórica

El renacimiento de la historia como narración coincide con la crisis de dos grandes modelos explicativos de la realidad histórica, la Escuela Francesa de Annales y la Escuela Anglosajona de método nomológico - deductivo. Si bien no es fácil determinar qué es lo que sucede primero y qué en consecuencia, una nueva forma de fundamentar la dimensión epistemológica de la narración dentro del campo del conocimiento histórico se impone como motivo de reflexión entre los historiadores, y genera discusiones acerca de la esencia de su disciplina.

Una de las teorías que más contribuye a la discusión sobre el estatuto de lo histórico, es la de Paul Ricoeur. Su obra corresponde a un esfuerzo sistemático y sólidamente argumentado por demostrar que pertenece únicamente a los relatos la posibilidad de aprehensión y de significación de toda experiencia temporal. La hipótesis que, como punto de partida, supone que la experiencia "temporal viva" alcanza sentido por medio de narraciones demuestra la pertenencia del discurso histórico, así como todo proceso de escritura que tenga a la experiencia temporal por objeto, a la clase de los relatos, y por ende, sostiene que éste comparte con el discurso de ficción una operación semejante de

construcción narrativa, “mythos” aristotélico o, en la interpretación de Ricoeur, “puesta en intriga”o entramado.

La demostración de la pertenencia del discurso histórico a la clase de los relatos desvela un motivo de discusión encendida entre los historiadores porque, analizado como síntoma (Lozano, 1987: 11) , los enfrenta con un lenguaje nuevo que introduce a la fenomenología, y recupera a la filosofía de la historia para pensar sobre las paradojas que éstos deben resolver al construir sus interpretaciones acerca del pasado.(Chartier:258) Según Ricoeur, “ tales prácticas son familiares en la práctica histórica pero sigue sin haber una reflexión conceptual al respecto”. (1987:49) Así, la reflexión sobre la verdad de lo histórico debe recurrir, una vez más y de manera imperiosa, al tratamiento de un problema esencial: el tiempo.

En los párrafos siguientes, Ricoeur expresa su primera hipótesis:

“...lo que está últimamente en juego, tanto en la identidad estructural de la función narrativa como en la exigencia de verdad de cualquier obra de este género, es el carácter temporal de la experiencia humana. El mundo desplegado por toda obra narrativa es siempre un mundo temporal.” **“...el tiempo se hace humano cuando se articula de modo narrativo, a su vez, la narración es significativa en la medida en que describe los rasgos de la experiencia temporal”**”. (Ricoeur, P. 1995:39)

En esta primera idea, central en la teoría de Paul Ricoeur, la experiencia del tiempo vivido “confusa, informe y, en el límite muda”, alcanza un sentido que se hace inteligible sólo a través del relato de sí misma. A la vez, en relación recíproca, sólo en el acto de dar cuenta de una experiencia temporal viva, la narración adquiere significación.

Con estas ideas, Ricoeur rescata la condición irrenunciable de la narración frente a la amenaza pesimista del fin del acto de narrar que, con la caída de los grandes paradigmas narrativos o explicativos de la realidad, y como angustia del “mito roto”, expresa el sentimiento profundo de final, cisma, muerte o fin del deseo que embarga a la sociedad

contemporánea.(Ricoeur. 1998:415)¹ A través de ese rescate, Ricoeur nos lleva a la idea de que el sentido construido en las narraciones no es único sino múltiple y que, de ese modo múltiple, las narraciones van dando forma y entidad a las identidades individuales y colectivas en un proceso en el que profundiza su significado.

Pero el largo recorrido que Ricoeur realiza sobre “las formas más destacadas de la actividad narrativa”, intenta responder a otra de sus grandes preguntas: “¿De qué manera la experiencia normal del tiempo de la acción y el sufrimiento cotidiano está remodelada a su paso por la criba de la narración?”(Ricoeur: 1987:41)

Ricoeur toma a la fenomenología como la tradición de pensamiento filosófico que “lleva el problema del tiempo a un punto extremo de aporía”(1987:43), a la historiografía como el estudio de la forma de narrar lo histórico, y por ende, el modo de refiguración histórica del tiempo, y a la crítica literaria para la reflexión sobre otra de las formas de “puesta en intriga” o relato de ficción. Según su hermenéutica, estas últimas, como resoluciones poéticas, consiguen aproximarse a resolver las aporías temporales que no se resuelven por el camino de la especulación. La tesis fundamental de Ricoeur corresponde, entonces, a la idea de que “la composición narrativa, tomada en toda su extensión, constituye una respuesta al carácter aporético de la especulación sobre el tiempo.” (Ricoeur. 1996:641)

Pero es la poética de la obra histórica, la teoría argumental en la que se apoya este trabajo. Si Ricoeur se compromete con la fenomenología del tiempo, White lo hace con la filosofía de la historia, y desde allí se propone captar la imaginación de la obra histórica como representación de las utopías o deseos ideales de los historiadores y filósofos de la historia del siglo XIX, contenidas en la crítica reflexiva sobre el escepticismo de la generación anterior.

¹ En diálogo con Walter Benjamin, toma de éste la idea de que “ quizá nos hallamos al final de una era en la que ya no ha lugar para narrar porque los hombres ya no tienen experiencia que compartir”. Idea a la que Ricoeur responde con la esperanza de “ creer que nuevas formas narrativas están naciendo ya, y que éstas atestiguarán que la función narrativa puede metamorfosearse, pero no morir.” (Ricoeur. 1998:418-419).

También en White descubrimos una intención semejante a la de Ricoeur cuando mostrando las posibilidades tropológicas con las que se había construido el discurso histórico del siglo XIX, nos dijo que esas posibilidades habían dado origen al estado irónico que caracterizó a la crisis del historicismo de fines de ese siglo. Y a la vez, que ese estado - ese tropo - había también caracterizado a partir de entonces, como modo dominante, al pensamiento académico. Una esperanza aparecería sobre el final de su prefacio:

“Quizá sea perceptible que este libro está escrito en el modo irónico. Pero la ironía que lo imbuye es una ironía conciente, y por lo tanto equivale a volver la conciencia irónica en contra de la propia ironía. Si logra establecer que el escepticismo y el pesimismo tan característicos del pensamiento histórico moderno tienen su origen en un marco mental irónico, y que ese marco mental a su vez “es sólo una” de las posturas que es posible adoptar en el registro histórico, habrá proporcionado alguna base para el rechazo de la ironía misma.” (White, 1992: 12).

Su consideración de la obra histórica o del relato histórico completo como una “estructura verbal”, así como sus afirmaciones acerca de la actividad precrítica y prefigurativa de historiador, motivan las críticas epistemológicas, estéticas y morales, ya explicitadas, al contenido de su *Metahistoria*. Sin duda, contribuir con estas reflexiones es parte de su propósito, su teoría ubica a la historia en un terreno preconceptual no porque no pueda ser considerada críticamente una ciencia capaz de explicar los sucesos del pasado tal cual ocurrieron en realidad, sino porque aún no existe entre los historiadores un acuerdo relativamente aceptado acerca de cual es la manera más cercana a la verdad para explicarlos. Pero el verdadero propósito de su teoría consiste en que la obra histórica es una estructura narrativa con la pretensión de captar el pasado real, pero con base esencialmente poética. Esa base poética o estructura profunda del relato, responde a un acto de prefiguración en el que el historiador, en “un nivel profundo de conciencia”, precríticamente y a través un lenguaje poético, confiere sentido a su historia. Por eso para

White los discursos históricos y los de ficción comparten una misma forma de construcción lingüística. En este sentido lo que permite a White, guiado por el método formalista, homologar a ambos relatos es el carácter inseparable entre la forma del lenguaje y su contenido. De ese modo los escritores de ambos relatos, en un nivel de conciencia absolutamente lúcida, activa pero aún precrítica, eligen un tropo lingüístico cuya forma representativa da significado al sentido de toda su historia. A diferencia de Ricoeur, las disimetrías entre uno y otro no consisten en la pretensión de verdad, sino en que el historiador debe enfrentarse siempre a un campo histórico caótico donde se supone que halla las huellas del pasado, en una operación anterior a la construcción de su relato, y el escritor de ficción puede estar exento de ello. Por eso, el historiador, para White, hace ciencia y arte a la vez.

A partir de aquí White crea una tipología que permite captar la estructura narrativa del relato completo en diferentes niveles de conceptualización, unos de orden más primitivo, otros más manifiestos acerca del significado de la obra (trama, argumento e ideología), y otros de contenido más profundo, que resulta de la combinación de los anteriores, y que consiste en el estilo historiográfico que se encuentra “dominado” por los tropos lingüísticos. A través de esta tipología arquetípica y flexible con la que el historiador trabaja de un modo más o menos libre, White muestra la poética de los grandes historiadores del siglo XIX. Muestra la trama romántica de Michelet y explica a partir de ella el significado del triunfo del héroe, del sujeto, de las ideas claras, sobre las fuerzas oscuras que oprimen a los hombres. Muestra la Toma de la Bastilla como el avance triunfal y arrasador del pueblo francés sobre las fuerzas opresoras de la aristocracia. Muestra un argumento formalista empeñado en una descripción representativa de todos los elementos dispersos en el campo histórico, y se introduce en la metáfora romántica o tropo que domina el sentido de la historia como si fuera el del triunfo del héroe. Muestra también, la trama trágica de Tocqueville para contar la misma historia, ahora sancionada

por una metonimia con la que evita la ironía pesimista para pensar el destino del pueblo francés. También, la trama cómica con la que Ranke representa la conciliación armoniosa de una sociedad feliz, aún siendo integrada por La Iglesia y el Estado, como síntesis de una argumentación organicista que implica a una ideología conservadora. Y también, la sátira pesimista dominada por la ironía de Burckhardt.

La tipología de White funciona como un arquetipo que es transferible a cualquier obra histórica que se considere como relato completo. Pero el estilo historiográfico que resulta de la combinación entre los modos de explicación, puede presentar distintas “afinidades” entre ellos, y está sujeto a un “tensión dialéctica” que cada historiador debe resolver en su relato. De ahí que esa tipología, tal cual White lo anuncia en su Metahistoria, no sea rígida. Así, el estilo historiográfico que yo observo en los escritores argentinos, presenta en la mayoría de los casos combinaciones que escapan de la tipología de White.

El drama de la democracia argentina en la metáfora de un discurso romántico

En primer lugar, la compilación de ensayos con los que José Luis Romero realiza su obra histórica, permite concebir una Argentina entramada en la tensión interna de dos ideas políticas que luchan por imponerse la una sobre la otra.

El relato romántico es construido desde la posición del historiador que tiene la misión y el deber de pensar, conocer e intentar la idea de síntesis de lo caótico. Lo caótico está representado como el desorden de ideas que vienen de experiencias variadas, de tiempos, de clase, de etnia, de origen, pero sobre todo concebidas maniqueamente como dos opuestos que pugnan por emerger y conducir a la sociedad hacia el autoritarismo o hacia el liberalismo. Lo constante como “esa fiereza peculiar de nuestra historia política”, resultado a la vez de la misma lucha. En palabras de White: “El caos del ser debe ser enfrentado por el historiador. La historia como proceso representa una lucha interminable

de la turba contra el hombre excepcional, el héroe...Y la vida humana está dotada de mayor valor precisamente en el grado en que el individuo asume la tarea de imponer forma a ese caos, de dar a la historia la marca de la propia aspiración del hombre a ser algo más que ese mero caos". (Romero.1998:151)

Romero no está relatando la historia de un héroe que es capaz de vencer todas las fuerzas que se oponen a la virtud. Pero sí está narrando proféticamente la historia del triunfo de las ideas "puramente democráticas, pulcras y perfectas, claras y distintas". Todo su análisis de la historia argentina es un llamado constante y urgente a quienes desde el socialismo tienen el deber de purificar la yuxtaposición de ideas que conduce a la confusión:

"Acaso se pueda objetar que el autor se exceda en el uso de la palabra idea; pero está convencido de que en el campo de la historia de la cultura no es posible aislar en ese concepto las formas pulcras y perfectas de las formas elementales y bastardas. Firme en esta opinión, el autor ha procurado siempre **descender** desde el plano de las ideas claras y distintas hasta el fondo oscuro de los impulsos elementales y las ideas bastardas, seguro de llegar, de este modo, a la fuente viva de donde surge la savia nutricia que presta a las convicciones esa fiereza tan peculiar de nuestra historia política." (Romero, José L. 1983:9-10)

Las resonancias de la vieja dicotomía civilización - barbarie, la de la generación del 37 y el rosismo, son claramente elocuentes. Reaparecen ahora bajo la oposición de ideas pulcras frente a impulsos elementales e ideas bastardas y, recreándose en una nueva antinomia, dan origen a la oposición peronismo-antiperonismo. Así el peronismo será medio de expresión de estos impulsos que, en latencia después de Caseros, emergerán de modo insospechado en la madurez de la Argentina aluvial por efecto de la fusión de culturas del campo y de la ciudad.

Se ubica en la posición de un historiador consciente de los alcances siempre insuficientes de un punto de vista, pero también convencido de una misión empeñada en la formación

de conciencias hacia el sentido trazado por la conquista de “las ideas claras y distintas.” Metáfora romántica que, como tropo lingüístico representativo de la idea de democracia, disuelve sus partes y se torna vaga e imprecisa. Aspiración posible sólo en la imagen poética.

En ensayos posteriores volverá sobre este tema, pero siguiendo el propósito inicial puesto en la búsqueda de las grandes ideas explicativas, atribuye a la debilidad de las instituciones democráticas la emergencia del peronismo - que comienza a insinuarse en su relato - como fenómeno amargo y peligroso.

“El hecho que ha causado más honda sorpresa ha sido la aparición de una masa sensible a los halagos de la demagogia y dispuesta a seguir a un caudillo. Este fenómeno – amargo y peligroso – no es de ninguna manera inexplicable. Medio siglo es poco tiempo para la evolución social y política de un conglomerado heterogéneo, y no debe sorprender que aún quede en el fondo-conserve cierto justificado escepticismo frente a las instituciones de la democracia que no supieron afrontar a tiempo sus problemas y dejaron flotar sus indecisas pero innegables aspiraciones.” (Romero José L. 1959 :28)

La vida política es mirada desde arriba, y desde ese lugar, el peronismo es en su totalidad un fenómeno amargo, resultado de la conjunción de la acción demagógica y la masa vulnerable. Pero Romero cree en las posibilidades de una explicación: la inadecuación de las instituciones democráticas a las necesidades de la masa.

Despojándonos de nuestro análisis presente constituido sin duda en gran parte gracias a los esfuerzos de historiadores de la modernidad como Romero, podemos destacar que su relato romántico está teñido permanentemente de resonancias éticas al considerar la responsabilidad de la inadecuación democrática a quienes poseen las “ideas claras y distintas”. De ahí su deber ciudadano, su compromiso con la acción política y su creencia

en las posibilidades de esta acción aún “con la ansiedad de quien se halla confundido dentro de una multitud cuyos pasos no se sabe quien dirige”. (Romero. 1959: 10)

El historiador y el militante, la historiografía y el Partido Socialista constituyen pues, el sujeto, el héroe que con su acción es capaz de restar ambigüedad y de resolver todas las tensiones en conflicto.

Volviendo a las palabras de Romero:

"Políticamente, esta masa es inexperta y simplista; como en el fondo es igualitaria y democrática, acoge con calor la propaganda demagógica que parece responder a sus anhelos, sin descubrir los peligros que entraña. Por ser radicalmente democrática, la aparición de esta masa en el primer plano de la política nacional no constituye un peligro duradero: sólo seguirá siéndolo mientras los partidos políticos populares de programa orgánico no aclaren su conciencia y no afronten la solución de sus problema."(Romero, José I. 1983:31)

Romero afirma sin dudar que la esencia de nuestra sociedad es profundamente democrática, que la adhesión a Perón ha sido una equivocación, un error de inexperiencia y de indolencia a la vez.

En este historiador, maestro de algunos representantes del grupo *Contorno*, el problema no es la hostilidad clase media- proletariado, sino la incapacidad de la dirigencia burguesa para canalizar la “identidad democrática de una masa aún amorfa”. La adhesión de esta a aquella y no lo contrario. El autor se pregunta por qué no han podido estos partidos lograr la adhesión de las masas. Piensa entonces, en la adhesión popular al peronismo como incoherencia. Se pregunta más bien no por las razones de la adhesión obrera a Perón sino acerca de cuáles son los móviles que han impedido que esta adhesión fuera orientada por los partidos políticos.

La distancia de dos lenguajes se le aparece como la primera aproximación a una respuesta. Por ello insiste en la necesidad de hacer explícito, “con las palabras del pueblo”, que sus ideales políticos son idénticos a las grandes conquistas sociales

anheladas por ese mismo pueblo. En consecuencia, sólo cambiando palabras será posible la comunicación interferida.

El peronismo como fascismo

Tres textos que expresan claramente las ideas de Romero sobre el peronismo son tomados aquí para avanzar en las formas con las que el mismo ha sido narrado: *Las ideas Políticas Argentinas* (1959), "La crisis argentina: Realidad Social y Actitudes Políticas" (1959) y "El carisma de Perón" (1973) Tres núcleos problemáticos aparecen al intentar descubrir el trasfondo de "Las ideas": el peronismo como práctica de ideas fascistas, el peronismo como mero discurso, el peronismo como amenaza popular, consecuencia no querida por los propios factores de poder que consolidaron el régimen estatal.

El peronismo es fascismo. La afirmación es categórica y el relato deja por un momento su matiz romántico sin abandonar la explicación a través de las grandes ideas que guían su argumentación organicista. Pero en esta primera obra fascismo y peronismo son una continuidad consolidada a través de la práctica evolutiva de ideas preestablecidas. De este modo al explicar "la línea del fascismo" (Romero. 1959: 227), hace un análisis político desechando las explicaciones sociológicas o económicas. El fascismo es el resultado de la concreción desde el Estado de las ideas impuras. Lo central es el autoritarismo, la prohibición de las libertades, la censura, la opresión del individuo, el estatismo .

Así, la revolución militar de 1943, "echó las bases de un régimen totalitario"(...) "Las medidas fueron inequívocas: se trabó la actividad de los partidos políticos, de los gremios, de las universidades, y simultáneamente se estableció la obligatoriedad de la enseñanza religiosa". Y además... "Acaso para apoyar la debilitada causa del gobierno se pensó en el menguado apoyo de los grupos de obreros amarillos que estaban en relación con la policía; y en un intento más vasto de comprometer las conciencias libres de los

trabajadores, el subsecretario de guerra, Perón, fue designado director del Departamento del Trabajo. El fascismo proseguía su avance y entraba en plena tarea de organización"... a medida que se desarrollaba, comenzó a insinuarse cierta peculiaridad que le prestaba la personalidad de su principal propulsor. Perón constituía, sin duda, el más activo de los elementos pronazis del gobierno revolucionario..." (Romero, José L. 1959:243-245)

El autoritarismo ha triunfado sobre el liberalismo y ha logrado su consolidación a través del discurso demagógico arrastrando a sectores identificados con el lumpenproletariado.

El peronismo se convierte así, en discurso político: "Perón descubrió un instrumento de acción inestimable: su capacidad de orador capaz de usar el tono, el vocabulario, y las ideas más apropiadas para convencer a las masas argentinas, y especialmente a las masas suburbanas. Este elemento, cuyo valor acrecentaba la radiotelefonía, había de constituir en lo futuro un imponderable de la política argentina".

Al quedar ausente del relato la historia del movimiento obrero heterogéneo y pleno de discrepancias de ideología y de prácticas (socialistas, comunistas, peronistas), el peronismo aparece como el resultado de la astucia de un líder dotado de condiciones individuales especiales.

Romero cita fragmentos de discursos de Perón declamados dos años antes de su triunfo electoral en 1946. En su interpretación, "con esa plataforma - defendida mediante los instrumentos del poder, Perón logró poco a poco imponer sus consignas fascistas en las conciencias de la masa insuficientemente politizada": (Romero, José L. 1959:246)

Finalmente, dentro del proceso de ascenso del peronismo y dando cuenta de su interpretación del 17 de octubre de 1945, Romero sugiere, deja caer de modo casi inconsciente, pero guardando en latencia lo que será mucho después un núcleo de debate en la historiografía argentina, la visión del peronismo como amenaza popular,

consecuencia no querida por los propios factores de poder que consolidaron el régimen estatal.

El desenlace del acontecimiento popular es, en su interpretación, coherente con una de las partes en lucha en el interior del combate discursivo que venía desarrollándose desde 1946. Pero en el mismo párrafo aunque de modo poco explícito, esboza por primera vez casi conteniendo en las dos caras de la dicotomía, las claves embrionarias de la compleja naturaleza del peronismo:

"...era inequívoco que ahora existía también un movimiento espontáneo de masas populares para las cuales el nombre de Perón se había transformado en bandera de un movimiento social". (Romero.1959: 247)

Movimiento social cuyo obstinado e imprevisible sustrato sentimental era, para Romero, el "resentimiento popular" que en 1943 había encontrado una ocasión para abandonar su "escepticismo político". (Romero. 1983: 37)

Sobre el final, hacia 1973 un nuevo triunfo del peronismo, mediado ahora por la larga lucha de su hegemonía dentro de una protesta de izquierda generalizada, su radicalización ideológica desde la fábrica a la universidad, y por el dilema de una clase media peronizada, Romero escribe "El carisma de Perón" (1973).²

"Ganó Perón: éste es el análisis de las elecciones. Ni el Frente ni el Justicialismo, ni el candidato presidencial, ni los gobernadores ni los diputados. Pura y simplemente Perón."

Se pregunta, "¿Qué es Perón?" Deja explícito que saber quién es Perón constituye sólo un dato anecdótico. Cree encontrar la respuesta en el Perón que es a la vez anécdota y significado, parece decir que es una mezcla de contingencia histórica e identidad colectiva persistente a los cambios:

² Entre 1973 y 1976 Romero escribió varios artículos periodísticos que fueron incluidos en *El drama de la democracia argentina*.

"Allí está la punta del hilo. Para muchos, el carisma es algo privativo del individuo, una particularidad o, acaso, un don otorgado por una potestad divina: tal es el arrastre que esta noción sociológica trae de la teología, de donde la extrajo Max Weber. Pero en términos de la historia social la personalidad individual de quien se dice que tiene carisma no es sino el núcleo de su personalidad social. Quien tiene carisma en cierto grado puede carecer de trascendencia social si la sociedad no lo transforma en el soporte de algo que ella proyecta sobre él. En ese caso el carisma cambia de escala y el que lo detenta adquiere una influencia social multiplicada."(Romero. 1983: 105)

El carisma está en el origen del peronismo como idea romántica del genio y su fuerza creadora junto al conjunto de valores sociales por los cuales adquiere sentido.

Pero Romero, incluso buscando en Weber las claves de explicación, queda atrapado en su idea originaria que ubica a Perón, ahora idealizado y engrandecido tras su exilio, como el artífice absolutista de una obra: "En ese caso el carisma cambia de escala y **el que lo detenta** adquiere una influencia social multiplicada."(Romero. 1983: 105)

De algún modo lo que Weber había pronosticado era muerte del sujeto individual, la rutinización del carisma como efecto de la racionalización instrumental y su contradicción respecto de las formas de organización solidarias.

De ahí que la concepción del carisma en Romero sea romántica en el sentido del genio que emprende misiones sobrehumanas que, en el caso de esta interpretación, han sido emprendidas por un demagogo, pero que también pudo ser lo contrario. En ambos casos es la heroicidad la que impulsa la acción social.

¿Por qué Perón? Aún despejando todas las posibilidades analíticas, su discurso, sus vocablos, su evocación por la cultura popular, sus intenciones, sus posibilidades exteriores para la concreción de una política de reforma social profunda, sólo queda esa afinidad señalada por Weber para el desarrollo de la acción social. Cósmica o irracional, teológica, mítica como un desafío a la racionalidad.

"Parece evidente que, para rastrear el significado profundo de la decisión de la mitad del electorado a favor de Perón, lo más importante es establecer el contenido de aquella proyección. Esto es establecer la significación del Perón simbólico. La respuesta no parece difícil. Perón simboliza una rebelión primaria y sentimental contra el privilegio. Y Eva Perón más que él" (...) "Pero ahora es sólo él purificado y hecho espíritu por la lejanía. Esta es la fuerza de su nombre. Y esto es lo que tiene de grande la decisión de quienes han preferido seguir manteniendo tal opción, porque más allá de sus implicaciones socioeconómicas, y más allá de las esperanzas concretas de cambio, supone una condenación del privilegio." (Romero.1983: 107)

Aquí, su primera referencia a Eva Perón y con ella al contenido emocional de la experiencia histórica y concreta de dignificación que tras siglos de marginación, el peronismo materializó desde el Estado. Interpelación que construyó históricamente la estructura del sentimiento. "Rebelión primaria y sentimental contra el privilegio", impulso emocional, imposibilidad de superación y a la vez de olvido.

Una visión de la personalidad colectiva argentina.

Desde sus escritos sobre la Argentina Aluvial, Romero pregunta con insistencia al pasado tratando de reconstruir el carácter de una personalidad argentina. Dos opuestos culturales alcanzan su síntesis entre 1860-1880 y vuelven a desintegrarse hacia 1880 a través de la masividad de la afluencia inmigratoria.

Sobre sus preguntas al pasado construye un relato de la marginación que tiene un principio, la colonización española y un fin, la protesta encarnada en la adhesión a Perón. "Como atrás de Yrigoyen, ahora irrumpen detrás de Perón para gritar una protesta. Una protesta, nada más. No para exigir el sistema de cambios que podrá poner fin al primado del privilegio."(Romero. 1983: 109)

Sin duda la historia avanza interpelada por gritos de protesta, pero no es igual el de los aborígenes, criollos y mestizos frente al pacto colonial, ni el de los trabajadores inmigrantes y nativos frente a la indiferencia del orden conservador, ni el del movimiento obrero de apoyo a Perón. No puede haber una historia de los marginados sustraída de otros grupos que no lo son en el orden del privilegio. De lo contrario sólo la erradicación del privilegio consolidaría un mundo de cohesión social armónica.

Sobre el final de su relato, “la tensión” entre el trasfondo trágico y la resolución romántica nos deja ver un drama que tanto en 1955 como en 1974 cae junto con las dos caídas de Perón. Así, en 1955, la caída de Perón es la oportunidad para el romance de la libertad: “el aprendiz de brujo, el artista modelador de un pueblo que se ofrece, el dictador que planea y ejecuta sobre la base de un poderoso aparato de fuerza, el demagogo que apela a su voz viril y a la voz gutural de Eva Perón y que llega así a la zona de los instintos, un día cayó sin gloria. Nada quedó en poco tiempo de las estructuras corporativas que el dictador creara...” (Romero. 1959: 254)

Y hacia 1973 “con el último peronismo”, las dos fuerzas de un conflicto cuya manifestación definitiva esta vez Perón no contuvo, con pocas palabras en una síntesis de enorme significado, Romero expresa todas las aspiraciones que el retorno del “héroe” representaba para una mayoría a la cual no pertenecía.

“El Verano caliente entre 1972 y 1973 presencié manifestaciones exaltadas y oí discusiones vehementes en las que adquirieron un significado irrevocable y mesiánico los llamados a la revolución, a la liberación, a la reconstrucción nacional. El verano caliente oí hablar a unos de Argentina potencia y a otros de socialismo nacional. Oí hablar de prodigiosas inversiones de capitales extranjeros y de implacables nacionalizaciones. Oí hablar de comandos tecnológicos y de comandos de organización. Oí hablar con respeto a viejos franquistas de los regímenes de Chile y de Cuba. Se oí comparar al conductor con Mao y al largo exilio con la larga marcha. Se oí decir que nada importaban las contradicciones porque el conductor las resolvería a todas,

unas veces con alardes de ingenio y otras mediante actos de poder"... "el viejo no supo..." (Romero. 1983:124)

Sin embargo, antes del final sombrío de un relato que nos recuerda la acción de un héroe que, excediéndose en sus posibilidades, desata otras fuerzas mucho más implacables, retoma el hilo perdido de una trama en romance.

“En Argentina no ha habido sólo un aprendiz de brujo capaz de desatar procesos sin saber luego cómo encauzarlos. En términos de responsabilidades históricas todos lo somos un poco. Argentina es un país rico y fuerte, pero el mito de su riqueza y su fortaleza sobrepasa la realidad. Los argentinos creen que todo puede hacerse pero está probado que hay límites...La primera revolución que hay que hacer es una revolución mental que nos ponga en claro acerca de nuestras posibilidades como conjunto social y despierte en nosotros el sentido de la responsabilidad. No hay política que pueda alimentarse sólo de reacciones sentimentales.”(Romero. 1983: 125)

Ni el Partido Socialista, ni el triunfo de las ideas perfectas como síntesis de la democracia ni, en su opuesto, Perón con su carisma, logran constituirse en el sujeto transformador metaforizado por Romero. Pero como antes en Carlyle y Michelet, el héroe no se queda a un lado contemplando la desgracia, sino que recupera el sentido de su meta bajo la imagen heroica del historiador militante, que sugiere la forma con la que un pueblo nostálgico, puede alcanzar, en un futuro, la democracia ideal.

Su trama romántica, su argumentación organicista y su utopía liberal, nos permite distinguir un relato que así disuelve sus tensiones, a través de esta metáfora, tropo o representación de un estado de ánimo optimista, en un discurso esencial para la construcción de la conciencia histórica de la Argentina del siglo XX.

Bibliografía citada

Acha, José Omar (2001). "José Luis Romero (1909-1977): Bibliografía comentada para una historia intelectual." www.iacd.oas.org.

Chartier, Roger. (1982): "Debat sur l'histoire", *Esprit* nº 7-8 : 258 y ss.

Chartier, Roger. (1992): *El mundo como representación*. "Estudios sobre historia cultural". Gedisa. Barcelona, 1992.

Fayt, Carlos. (1967) *La naturaleza del peronismo*. Buenos Aires, Viracocha.

Félix Luna. (1976): *Conversaciones con José Luis Romero*. Buenos Aires, Timerman Editores.

Frye, Northrop. (1991): *Anatomía de la crítica*. Caracas, Monte Ávila Editores.

Gusdorf, Georges. (1982): *Fondements du savoir romantique*. París. Payot.

Gusdorf, Georges. (1985): *Le saber Romantique de la Nature*. París. Payot.

Lamo de Espinosa, Emilio. (2001) "Un esquema de teoría social. parentesco, trabajo y comunicación." IV Encuentro de teoría sociológica. Oviedo, julio de 2001.

Lozano, Jorge. (1987): *El discurso histórico*. Madrid, Alianza.

Ricoeur, Paul. (1987): "El tiempo contado", en *Revista de Occidente*, nº 76, Madrid: 41-64.

Ricoeur, Paul. (1995): *Tiempo y narración*. "Configuración del tiempo en el relato histórico". Vol. I, Madrid, Siglo XXI.

Ricoeur, Paul. (1996): *Tiempo y narración*. "el tiempo narrado". Vol. III, Madrid, Siglo XXI.

Ricoeur, Paul. (1998): *Tiempo y narración*. "Configuración del tiempo en el relato de ficción". Vol. II, Madrid Siglo XXI.

Ricoeur, Paul. (2003): *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid, Trotta.

Rodríguez, Javier (1995): "Las categorías de lo histórico en la sociología de Max

Weber", en *Política y Sociedad*, n.º 18, U.C.M.: 45-67

Romero, José Luis.(1959): *Las ideas políticas en la Argentina*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Romero, José Luis. (1983): " Tendencias de las masas en la Argentina "(1951), en *El drama de la democracia argentina*, Buenos Aires, CEAL:12-29

Romero, José Luis. (1983): "Antes de disgregarnos"(1975), en *El drama de la democracia argentina*, Buenos Aires, CEAL:112-116.

Romero, José Luis. (1983): "El carisma de Perón"(1973), en *El drama de la democracia argentina*, Buenos Aires, CEAL: 105-111

Romero, José Luis. (1983): "El caso argentino"(1976), en *El drama de la democracia argentina*. Buenos Aires, CEAL: 130-141.

Romero, José Luis. (1983): "La crisis argentina: realidad social y actitudes políticas" (1959), en *El drama de la democracia argentina*, Buenos Aires, CEAL: 30-39.

Romero, José Luis. (1983): "La lección de la hora"(1946), en *El drama de la democracia argentina*, Buenos Aires, CEAL: 78-81.

Romero, José Luis. (1983): "La moral ¿Otra crisis?" (1976), en *El drama de la democracia argentina*, Buenos Aires, CEAL: 127-129.

White, Hayden. (2003): *El texto histórico como artefacto literario*. Buenos Aires, Paidós.

White, Hyden. (1992): *El contenido de la forma*. Barcelona, Paidós.

White, Hyden. (1998): *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del S.XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.